

La novela perfecta, de Carmen Boullosa



armen Boullosa es una escritora sincera que, según el camino que sigan sus pasos, escribe de lo que ve y vive, pero su escenario constante es la Ciudad de México —donde nació en 1954—, pues es allí donde transcurre la mayoría de las historias y de las imaginadas travesías de sus personajes, quienes, como ella, tienen mucho de la ciudad.

Su producción es muy variada e incluye poesía, novela y teatro. Recibió el Premio Xavier Villaurrutia (1989) por su novela *Antes*, en 1976 el INBA le otorgó la beca Salvador Novo y en 1992 mereció la de la Fundación Guggenheim. Sus novelas han sido traducidas a diversos idiomas y la lista de éstas incluye *Mejor desaparece* (1987), *Son vacas, somos puercos* (1991), *El médico de los piratas* (1992), *Llanto* (1992), *La milagrosa* (1993), *Duerme* (1994), *Cielos de la tierra* (1997), *Treinta años* (1999), *Prosa rota* (2000), *Leaving Tabasco* (2001), *De un salto descabalgó la reina* (2002) y *La novela perfecta* (2006).

Carmen Boullosa es una de las pocas escritoras mexicanas leídas en inglés y en otras lenguas gracias a las traducciones de sus obras publicadas por Tusquets para el público europeo. Su diversidad creadora se refleja en su predilección por los intertextos poéticos, teatrales e históricos que aparecen de manera constante en el cuerpo de sus novelas. Precisamente en *La novela perfecta* desde las primeras líneas se aprecia la influencia cinematográfica y de la novela-ficción. Su aparente simpleza exige, sin embargo, un lector atento.



Carmen Boullosa escribe por el tema mismo, no pensando en las ventas; al respecto, ha dicho que "...No es para obtener dinero. Uno escribe o se muere", y esto se confirma en *La novela*

perfecta,

cuyo tema es la reflexión sobre el acto creativo en solitario y la simbiosis del lector y el autor que, juntos, crean la novela leída-escrita.

La novela, dividida en seis capítulos ligeros y un apunte fuera del "Fin" capitular, inicia con un narrador diegético; pero más adelante la autora juega con los niveles de la narración para llevar al lector más allá de la lectura, a la *concepción* misma de la novela.

El personaje es un escritor flojonazo que empieza por contar su falta de voluntad para escribir. Es "escritor" por haber publicado una novela traducida al inglés, pero nada más. Relata su matrimonio con una norteamericana, quien lo lleva al corazón de Brooklyn, desde donde observa la realidad de otros migrantes, seres subterráneos, visibles para los norteamericanos sólo como mano de obra, pero individuos para él. En sus días de *stooping out* (sentarse a la puerta de la casa) conoce a un vecino experto en tecnología, quien le ofrece la posibilidad de lograr una novela sin escribir una sola línea.

De manera paralela a la historia de la *novela*, el personaje relata, desde la perspectiva de un mexicano en tierras lejanas, la forma de vida en los linderos latinos, pero en cada una

de las historias que imagina todos los caminos conducen de regreso a la Ciudad de México.

Este proyecto creador involucra a su esposa-abogada, quien vive en el ambiente feroz de los litigios en Estados Unidos, y esto también es compartido con el lector, a quien se le lleva a las reflexiones y pensamientos del escritor en un acto que es la esencia misma de toda la historia y que conduce a replantear la pureza de la creación literaria como un acto en solitario, en el contexto de un marasmo virtual y tecnológico que todo lo absorbe, salvo el genio creativo.

El lector cumple un papel importante en las lecturas posibles de la novela, pues le corresponde "cerrar" los significados, pero también es la preocupación constante del narrador, quien pregunta: "¿Para qué matarte escribiendo (porque vaya que es sobarse el lomo a lo albañil, una pesadez fastidiosísima, ahora *encima* una perdedera de tiempo), si luego nadie ni va a entender o apreciar? Y ¿quién tiene tiempo y espíritu hoy, como están las cosas, para de verdad LEER?"

El escritor tiene todo, menos las ganas de sentarse a escribir, pero un día de los que acostumbra pasar en la calle sin hacer nada, se le presenta una oferta que difícilmente podrá rechazar para "sacar" esa novela que lleva dentro, la que ha imaginado durante mucho tiempo, y que consiste en que por medio de la tecnología *descargue* toda la información en un archivo y visualice lo que ha recreado con ese lenguaje cargado de expresiones cotidianas muy mexicanas y salpicado de expresiones gringas (que son imágenes retóricas para el idioma español).

El narrador reflexiona acerca del acto de la creación, ¿pinta la novela?, ¿o más bien es el lector quien finalmente, en su imaginación, da los últimos pincelazos a la imagen, a través de las palabras que el escritor utiliza para decir lo que quiere, aunque mienta a la espera de que el lector le crea? Este ejercicio es presentado de una manera ligera y amena, en un estilo

irreverente. Boullosa y su personaje usan expresiones muy variadas, letras de canciones, refranes, palabras compuestas, sinéresis y anglicismos, y otras ocurrencias del lenguaje popular, e incluso del *spanglish*.

Sin marcas sintácticas visibles, el narrador intradieético —el personaje creado por Boullosa—, ese joven escritor “flojonazo que no escribe”, narra, pero también hace paréntesis y reflexiones: el diálogo consigo mismo se cuela en la historia. En *La novela perfecta*, Boullosa construye escenas de una manera cinematográfica, pues atraviesa muros. El escritor-narrador se mete a escena para estar junto a sus personajes, a quienes les habla —¿a los lectores?— en medio del texto que imagina:

Ana quiere preliminares, platicar, algún gesto de ternura, hacer algún tipo de contacto antes de proceder a lo que te truje, *chencia*, e intenta quitárselo de encima, mientras que él, como un tigre, nomás quiere no soltarla.

Ahí pasa lo del hilo que se atora, lo de la blusa tejida y lo de mi erección, que regresó, por cierto, al volver yo a “repetir” ese punto de la escena: yo deseaba a Ana tanto o más que Manuel. Más que Manuel, porque reconocía en él, la ira subterránea, él la abrazaba tanto por ira como por deseo. En cambio yo, ¡las puras ganas!, tan puras como los angelitos del cielo. ¡Lo que fuera por tenerla! ¡Nomás me acuerdo de esa blusita entallada y como que se me vuelve a alborotar la alborotable!

El “narrador” también proyecta la novela a la manera de una película, mediante acercamientos, cambios de escenas, etcétera. Los *flashbacks* mueven al lector en el tiempo y el espacio, y la novela corre como un filme en el que “el ojo” del texto es una “cámara” que lleva y trae por la historia dentro de la historia, a manera de caja china.

De un salto el lector está en las calles de Nueva York atestadas de pobres (el sector donde se mueve el narrador) y con otro salto, llega a las calles de la ciudad de México, en donde oye el grito candoroso de los ambulantes y se eleva al ritmo de las cumbias y de los *narcocorridos*. La magia del *ojo de la novela* está en que con este recurso, Boullosa hace una crónica de las calles y avenidas defechas preñadas de vehículos, colores y olores, tanto como de las palabras que pintan el oído de lo mexicano.

Sean Ana y Manuel los personajes. Se les podría ubicar en cualquier lugar del mundo... incluso en Brooklyn, pero mejor todavía en el corazón de la capital de México, con sus ruidos y estampas contradictorias, que son también esencia y referencia en las siguientes historias.

El narrador empieza a ser narrado por el narrador extradiegético, convertido así en ser omnisciente, capaz de “ver” incluso a quien narra *La novela perfecta*. La riqueza de la escritura y la forma está en el juego de contar una historia dentro de otra con un mismo hilo conductor y con la voz del mismo narrador. Esto es precisamente lo que distingue el trabajo de Carmen Boullosa: una espiral narrativa infinita, en la que lejos de perderse, el lector se introduce, gracias al manejo de planos y tiempos que se intercalan en pequeñas historias perfectamente delimitadas por su propio nombre, aunque los personajes puedan tener sueños fantásticos que también son escritos por el narrador que todo lo ve, porque es el dios creador de todos los personajes.

Más tarde o más temprano, el lector pensará: “a ver con qué nos sale ahora este holgazán escritor de *La novela perfecta* para terminar la historia.” Es difícil dejar la lectura de una novela que tiene estos méritos y logros. El juego de la caja china o *matrushka* se evidencia al entrar en el sueño de Ana, quien va a Tenochtitlan y de ahí al interior de un códice, y la historia se teje entre las reflexiones de un mexicano que reconoce su idiosincrasia en la forma que tiene

de conducirse con los otros, pero asegura su solidaridad con "los nuestros", los que hablan español, frente a los que desconocen a Darío, Lope de Vega, Quevedo y su "polvo enamorado", en una lectura exigente en la medida que supone el conocimiento de esos grandes de las letras hispanoamericanas.

La cosmogonía mexicana está en la novela de Boullosa, pero también en el pensamiento del autor-narrador-personaje, quien "compara todo...

con México, como si fuésemos el parámetro universal. Y lo somos, al menos para mí".

El final es inesperado por sorprendente. La novela da un giro al rebelarse los personajes, seres animados y con vida propia dentro del relato, para que la obra confronte a su creador y se revise lo que es real y la *esencia* del hombre. La genial salida consiste en dar un "testimonio" del escritor, a quien el lector conoce bien apenas al final de *La novela perfecta*. LC



Carmen Boullosa, *La novela perfecta*,
México, Alfaguara, 2006.